

Los fuegos de San Antón

Corrimos recientemente, con el amigo mejor,
el velo de nuestros interiores.
Destapamos el frasco de las esencias de la amistad
y acercamos un sin fin de correrías,
arrinconados recuerdos por la vida.

Hay fechas que tientan. Invitan al sano ejercicio,
vigorizan el espíritu y lo desnudan de falsedades,
lo revisten de sanas añoranzas,
que en la lejanía de los tiempos
perduran hermosas y limpias.

San Antón el de los mil fuegos por doquier.
En la hermosa y abierta plaza del pueblo,
acogedora a todos los vientos.
Donde arderán sin misericordia ni pena
y se juntarán en enorme pira ritual,
la vieja ceporra por duras manos arrancada
y con amor traída a casa.
El trasto que de puro viejo ya no sirve
y que a traición se quitó al abuelo.
Silla desculada, moña sin pelo que tantos llantos
y lloros aplacó, que vienen a avivar las llamas.

Aquí todo un pueblo duro y puro,
mientras se queman y se calientan los recuerdos
y se piensa y se pronuncian quedamente
alegorías, plegarias, ensueños.

Alegría, apuestas sin fin y luego
se saltará a la garrocha, cuando se pueda,
con bravura, como el puro fuego.

Y surgirán después, allá en el barrio de abajo
y en el de arriba y en las altas casas
y en cada esquina,
hogueras que son lámparas de la propia vida.